SANTIDAD A LA PARRILLA

DescripciÃ³n

SAN LORENZO

Hace poco visitaba una BasÃlica. TenÃamos tiempo asÃ que empezamos a recorrer las distintas capillas laterales. En una de ellas surgiÃ³ la pregunta: â??â??Â¿Y ese quiÃ©n es?â?? â??â??Un diÃ¡conoâ?? dijo uno.

TenÃa razÃ³n porque llevaba puesta la dalmÃ¡tica que es la vestidura que usan los diÃ¡conos cuando ayudan en la celebraciÃ³n de la Santa Misa; es distinta a la casulla que usan los sacerdotes. Pero todavÃa hubo otro que agregÃ³: â??â??SÃ, es San Lorenzo. Porque tiene la parrillaâ??. Efectivamente, allÃ estaba la parrilla que el santo agarraba con una mano.

â??San Lorenzo es uno de los santos mÃ¡s venerados en Roma. Forma parte de ese grupo de mÃ¡rtires que fueron ajusticiados junto con el papa Sixto II durante la persecuciÃ³n de Valeriano, que dio orden de matar inmediatamente a todos los obispos, sacerdotes y diÃ¡conos.

Lorenzo era uno de los siete diÃ¡conos de la Urbe, que se encargaban de ayudar al Sumo PontÃfice en los asuntos mÃ¡s importantes. En concreto, su oficio era uno de los de mayor responsabilidad puesto que era el encargado de cuidar de los pobres.

Es san Ambrosio quien explica que el diÃ¡cono Lorenzo sufriÃ³ uno de los martirios mÃ¡s crueles, porque que, en vez de ser decapitado, fue quemado vivo en una parrilla.

Resulta que el gobernante de Roma lo llamÃ³ porque querÃa conseguir dinero y sabÃa que Lorenzo gestionaba los bienes de la Iglesia a favor de los necesitados: â??â??Me han dicho que los cristianos emplean cÃ¡lices y patenas de oro en sus sacrificios â??le dijoâ?? y que en sus celebraciones tienen candeleros muy valiosos. Ve, recoge todos los tesoros de la Iglesia y trÃ¡elos, porque el emperador necesita dinero para costear una guerra que va a empezarâ??.

LOS TESOROS DE LA IGLESIA

El buen diÃ¡cono pidiÃ³ tres dÃas para poder organizarse y reunir todo lo que pudiera. Cumplido el tiempo se presentÃ³ delante de la autoridad afirmando: â??â??Ya tengo reunidos todos los tesoros de la Iglesia. Te aseguro que son mÃ¡s valiosos que los que posee el emperadorâ??.

El jerarca se frotaba las manos, pensando que iba a cubrirse de oro y plata, pero encontrÃ³ algo bien distinto. Lorenzo habÃa hecho llamar a todos los que ordinariamente ayudaba con las limosnas de los cristianos: pobres, lisiados, mendigos, huÃ©rfanos, viudas, ancianos, mutilados, ciegos y leprosos.

â??â??Ellos son los tesoros mÃ¡s apreciados de la Iglesia de Cristoâ??, dijo el santo en su defensaâ??

(cfr. Agosto 2016, con Ã?l, Fulgencio Espa).

Esto produjo tanto enojo al gobernante que decidiÃ³ que la tortura tenÃa que ser especialmente cruel. AsÃ fue como terminÃ³ siendo quemado vivo en la parrillaâ?¦

Con todo el respeto a san Lorenzo me acordaba que hace un aÃ±o o dos se puso de moda, al menos por estos rumbos, un Instagramer llamado robegrill (algunos todavÃa lo siguen).

Pues se trata de un joven que comenzÃ³ aventurÃ¡ndose a hacer distintas carnes a la parrilla. Pero tenÃa la peculiaridad de que agarraba el trozo de carne cruda que estaba a punto de poner sobre aquella parrilla ardiente y le daba un golpe mientras exclamaba â??Â¡que chille!â??.

San Lorenzo se dirigiÃ³ a su condena con la entereza de los mÃ¡rtires. Ã?l no gritÃ³, no se quejÃ³, no chillÃ³. Es mÃ¡s, cuentan que en medio de la tortura pidiÃ³ que le dieran la vuelta pues ya estaba bastante quemado por la parte en que lo habÃan puestoâ?¦

LOS MÃ?RTIRES

Uno nunca sabe hasta quÃ© punto este tipo de detalles en los relatos son leyenda o son fidedignos. Pero lo que sÃ es seguro es que aquellos mÃ¡rtires afrontaban la pena con gran paz. Y era tal la impresiÃ³n que causaban que muchos del pueblo que contemplaban la ejecuciÃ³n, o incluso los soldados que la ejecutaban, se preguntaban el por quÃ© y acababan abrazando la fe verdadera. De allÃ viene la expresiÃ³n: â??sangre de mÃ¡rtires, semilla de cristianosâ??.

â??Es la versiÃ³n hecha vida de lo que TÃº dices en el Evangelio JesÃºs:

En verdad, en verdad les digo que si el grano de trigo no muere al caer en tierra, queda infecundo; pero si muere, produce mucho fruto.â??

(Jn 12, 24)

Pero volvamos a esa escena que despertÃ³ la ira del gobernador de Roma: â??â??Ellos son los tesoros mÃ¡s apreciados de la Iglesia de Cristoâ??, dijo el santo seÃ±alando a los pobres, lisiados, mendigos, huÃ©rfanos, viudas, ancianos, mutilados, ciegos y leprosos.

Ojo, que no lo decÃa por provocar. Lo decÃa por convencimiento; â??porque te veÃa a Ti, JesÃºs, en ellosâ??. Distinto es que aquello no cupiera en la pobre cabeza del gobernante pagano. Pero Â¿serÃ¡ que cabe en la nuestraâ?¦? Â¿Soy consciente de las riquezas de la Iglesia? Conviene preguntarse, Â¿quÃ© hago yo por los mÃ¡s pobres, por los que necesitan de mÃ una palabra de aliento o cualquier bien material?

Es una lÃ¡stima que no se dejen de oÃr comentarios crÃticos sobre la supuesta â??riquezaâ?? de la Iglesia, o los â??tesoros del Vaticanoâ??, o cosas por el estilo. A mÃ me recuerdan al gobernador de Romaâ?¦

APORTE DEL CRISTIANISMO

Cierto que la Iglesia dedica lo mejor al culto. Cierto que hay vasos sagrados, custodias, obras de arte en las Iglesias del mundo entero. Algunas de gran valor, otras muy pobres. â??Pero siempre estÃ¡n cargadas del cariÃ±o de quienes quieren darte a Ti, SeÃ±or, lo mejorâ??.

Pero esas no son las autÃ©nticas riquezas de la Iglesia.

La Iglesia tiene riquezas de las que preciarse. AutÃ©nticos tesoros que ha aportado a la historia y a nuestras culturas.

La Iglesia ha cruzado los siglos y el mundo. Sin la Iglesia y sus enseÃ±anzas no tendrÃamos las catedrales romÃ¡nicas y gÃ³ticas, la pintura barroca, el RÃ©quiem de Mozart, la PasiÃ³n de Bach y el MesÃas de Haendel. Por no hablar de la contribuciÃ³n del cristianismo a la supervivencia y difusiÃ³n de la cultura antigua clÃ¡sica. Es mÃ¡s, inventamos el mÃ©todo cientÃfico y las leyes de la evidencia. Creamos el sistema universitario; sin la Iglesia no habrÃa universidadesâ?¦ (cfr. Â¿Ez razonable ser creyente?, Alfonso AguilÃ³)

Y podrÃamos seguir, pero ni siquiera esas son las autÃ©nticas riquezas de la Iglesia.

CONTEMPLAR EL ROSTRO DE DIOS

â??HabrÃa que fijarse en todos esos curas de pueblo que permanecen en lugares de los que ha huido casi todo el mundo. Y en el sacrificio de tantÃsimos religiosos y religiosas que lo han dejado todo para ir a servir a los desheredados de la fortuna, tanto en lejanas tierras de misiÃ³n como en esos otros lugares olvidados de todos, pero dramÃ¡ticamente cercanos, y cuyo sacrificio tantas veces solo es observado por Dios.

Repartidos por los parajes mÃ¡s agrestes u hostiles del mapa, [como seÃ±alaba un prestigioso periodista], una legiÃ³n de hombres y mujeres de apariencia humanÃsima y espÃritu sobrehumano contemplan cada dÃa el rostro de Dios en los rostros acribillados de

moscas de los moribundos, en los rostros tumefactos de los enfermos, en los rostros llagados de los hambrientos, en los rostros casi transparentes de quienes viven sin fe ni esperanza.

Son hombres y mujeres enjutos en cuyos cuerpecillos entecos anida una fuerza sobrenatural, un incendio de benditas pasiones que mantiene la temperatura del universo. Un dÃa descubrieron que Dios no era invisible, que su rostro se copia y multiplica en el rostro de sus criaturas dolientes, y decidieron sacrificar su vida en la salvaciÃ³n de otras vidas, decidieron ofrendar su vocaciÃ³n en los altares de la humanidad desahuciadaâ??

(Â¿Es razonable ser creyente?, Alfonso AguilÃ³).

Vaya manera de decirlo, Â¿no?â?¦ Ese es el autÃ©ntico tesoro de la Iglesia. El que sabÃa contemplar san Lorenzo y el que siguen contemplando, no solo los curas, los religiosos o los misioneros, sino todo cristiano que intenta vivir su fe coherentemente. Porque el gran secreto es la caridad: el amor a Dios y al prÃ³jimo. â??El prÃ³jimo que toma tu rostro JesÃºs, y se vuelve un tesoroâ??.

TÃº, Madre nuestra, contemplas ese tesoro. AyÃºdanos a nosotros a saber hacerlo tambiÃ©n.